



TEMA 5

DISCÍPULOS MISIONEROS: INICIADOS Y ENVIADOS

TEMA 5

DISCÍPULOS MISIONEROS: INICIADOS Y ENVIADOS

I. INICIO

En este tema deseamos proponer unos contenidos que permitan profundizar sobre la **identidad discipular y misionera de toda la Iglesia.**

En esta experiencia del CAM6, deseamos **impulsar con nuevo ardor la misión ad gentes de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra.**

El Resucitado, en sus apariciones a los discípulos después de Pascua, les dio un único mandato: *“Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”* (Mt 28, 19-20). Esa es la versión de Mateo. Otros evangelistas señalan la misma tarea, pero destacan otros aspectos. Mateo habla de “hacer discípulos” en la forma imperativa. En el texto griego más cercano al original, este es el único verbo que aparece en este modo. Los otros tres verbos – ir, bautizar, enseñar – son participios que acompañan al orden principal “hacer discípulos” y que describen el modo en que se ha de llevar a cabo la misión: caminando, bautizando, enseñando. Pero el corazón de la misión, su meta, es *hacer discípulos de todas las naciones.*

II. DESARROLLO

La misión no es proselitismo

Suena como un programa proselitista, pero en realidad no lo es. Para entender el mandato misionero de Mateo, es necesario situarlo en el contexto de su Evangelio y de lo que quiere decir con “discípulo de Jesús”. El Papa Benedicto XVI, en Aparecida (2007), afirmó que la Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción. El Papa Francisco reforzó afirmando que *“la comunidad de los discípulos de Jesús nace apostólica, nace misionera, no proselitista. El Espíritu Santo la da en salida para que no permanezca encerrada en sí misma, para que sea una extrovertida, una testigo contagiosa de Jesús”* (Audiencia general, 11/02/2023).

De hecho, si cruzamos el texto de Mt 28,19-20 con la dificultad de la primera comunidad para acoger entre sus miembros a los no judíos, testimoniada por Lucas en los Hechos de los Apóstoles y por Pablo en sus cartas, nos damos cuenta de que este envío misionero no puede ser interpretado desde la perspectiva de la conquista, sino desde la perspectiva de la apertura y la acogida de todas las personas de todas las razas, culturas y etnias en la comunidad cristiana: nadie puede ser excluido.

Mateo busca animar a su comunidad a salir de la autocomplacencia, a no tener miedo de los demás, a no encerrarse en sí mismos y a no tener prejuicios contra la diversidad. Los discípulos no estaban preparados para esta tarea: para ellos las promesas mesiánicas estaban reservadas solo para el pueblo de Israel (Hch 1,6). Poco a poco, siguiendo al Espíritu que abría caminos, sus mentes y sus corazones, tuvieron que aprender que el Reino de

Dios anunciado por Jesús estaba destinado a todos los pueblos y que la llamada a ser sus discípulos se dirigía a todos los hombres.

Todo comienza con el encuentro con Jesús

¿En qué consiste “ser discípulo” de Jesús? Para responder a esta pregunta es necesario remontar el Evangelio, especialmente desde la catequesis bautismal del Discurso de la Montaña (Mt 5-7), donde se describe con precisión la propuesta de Jesús y su importancia para toda la humanidad. Todo comienza con el encuentro con Jesús que habla a nuestro corazón (DAp 154), que “nos da un nuevo horizonte para la vida y, por tanto, una orientación decisiva” (DAp 243). Esta fue la dinámica que encontramos ya en el relato de los primeros discípulos (cf. Jn 1,35-49). Este encuentro se realiza concretamente a través de una persona, de un amigo, de un catequista, de un misionero, a través de una comunidad cristiana viva que reza, celebra, testimonia, evangeliza (DAp 256), a través del contacto con los pobres, los afligidos, los enfermos, los marginados (DAp 257), meditando la Sagrada Escritura, participando en la liturgia, acercándose a los sacramentos, y de mil otras maneras que el Espíritu nos proporciona cautivándonos para que prestemos atención para detener nuestra mirada, para encantarnos con algo profundo y estremecedor que puede transformar nuestras vidas.

Seguir a Jesús es un proceso y se lleva a cabo en la misión

Les sucedió a los primeros discípulos en el mar de Galilea: eran pescadores que echaban sus redes en el mar. Jesús pasó y dijo: “*Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres*”. Inmediatamente dejaron sus redes, su barca y su padre, y lo siguieron (Mt 4,19-22).

El relato continúa: “*Jesús recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del reino y curando todas las enfermedades y dolencias de la gente*” (Mt 4,23) y los discípulos lo seguían. No había seminario, ni noviciado, ni casa de formación. La misión de Jesús es la escuela misma del discipulado. Por eso hablamos de discípulos misioneros, porque los seguidores de Jesús aprenden “misionando”, acompañando y colaborando con Jesús en su misión de anunciar el Reino de Dios.

Jesús propone el proyecto de un hombre nuevo al grupo que lo sigue en el camino. También para el evangelista Lucas, este viaje histórico de Jesús de Galilea a Jerusalén se convierte en un camino ideal, el “camino de los discípulos” que siguen fielmente a su Maestro. El grupo de discípulos continuará este camino desde Jerusalén hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8).

La misión se presenta ante todo como un camino concreto de aprendizaje “para asumir el estilo de vida de Jesús, sus motivaciones, para dirigir su destino y asumir su misión de hacer nuevas todas las cosas” (DAp 131). En la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco afirma: “*La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera*” (EG 23).

Aprender a ser libres y pobres

A veces, sin embargo, el encuentro con Jesús no produce gran cosa. Es lo que le sucedió al joven rico (Mc 10,17-22). Fue un encuentro intenso, profundo, donde Jesús miró al joven con amor (Mc 10,21) y le encomendó una misión: “*Ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y luego ven y sígueme*”. Nótese bien: el “ve” precede al “ven”, el seguimiento

viene después de la misión. Nuestro joven, sin embargo, se fue triste, porque tenía muchas posesiones que lo ataban y le impedían estar libre y disponible. Se encerró en sí mismo y no se abrió al riesgo de seguir a Jesús. Para que esto suceda, el primer requisito es aprender a hacerse pobre: *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”* (Mt 5,3), dice la primera bienaventuranza. Dichoso el que voluntariamente se hace pobre para enriquecer a los demás, podríamos decir en otras palabras. Es esta pobreza básica la que hace que el discípulo esté disponible para el Reino con plena confianza y valentía. El discípulo es, por tanto, una persona libre, fiel y generosa en su servicio a la comunidad y a los necesitados. Jesús no condena las riquezas per se: condena a los ricos que acumulan riquezas solo para sí mismos (Mt 19,24; 6,19), así como condena la idolatría del dinero (Mt 6,24). Ahora, si tienes, tienes que compartir, tienes que ofrecer un servicio, tienes que dar tu vida y tus bienes.

En este sentido, hacerse pobre es el primer requisito para seguir a Jesús, que *“de rico se hizo pobre”* (2Cor 8,9). Este es el paso fundamental de la iniciación cristiana que concierne al secreto más profundo de la vida y al significado más refinado de la palabra *“misión”*, como lo describe el Documento de Aparecida:

La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad

humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12,25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión (DAp 360).

Este propósito no solo se aplica a los individuos. También se aplica a las comunidades y también a la Iglesia como institución. El Concilio Vaticano II declaró que *“la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, debe seguir el mismo camino de Cristo: el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la autoinmolación hasta la muerte”* (AG 5).

Asumir la cruz

La pobreza de la que nos habla el Evangelio tiene un sentido de abnegación interior y exterior. Significa hacerse efectivamente pobre, comprometerse en una vida sobria y austera, compartir la vida de los más necesitados (GE 70), tocar con la mano la miseria humana, la carne sufriente de los demás (EG 270), aprender a mirar la realidad desde adentro hacia afuera, desde el punto de vista de las víctimas y de los crucificados de la historia, luchando por un mundo mejor para todos. Vivir intensamente la vida cotidiana de la gente sencilla: *“A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos”* (DAp 398).

Pero también hay una pobreza interior que hay que aprender y que se manifiesta en la ternura y en la mansedumbre: *“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra”* (Mt 5,4). Donde reina el orgullo y la vanidad, donde cada uno se

crea con derecho a elevarse por encima de los demás, donde hay odio y arrogancia por doquier, Jesús propone a sus discípulos adoptar otro estilo (GE 71): despojarse del propio ego, del propio orgullo, y dar cabida a la humildad, que no significa renunciar a la indignación, al coraje y a la profecía, sino alimentar siempre una actitud positiva de acogida, de diálogo y de comprensión. Los mansos, dice el Evangelio, verán cumplidas las promesas de Dios y “poseerán la tierra”. Y esto es lo que tratamos de vivir como discípulos de Jesús, e invitamos a los demás a hacer lo mismo.

Las Escrituras no hacen apología de los pobres y la pobreza. Condenan resueltamente toda situación de necesidad, injusticia y opresión. Jesús no enseña a soportar el mal, sino a luchar para vencerlo. Para vencer el mal, es necesario enfrentarlo y no huir de él. El mundo ignora el sufrimiento, escapa de situaciones dolorosas, esconde, cubre, disimula. Sin embargo, ¡la cruz nunca puede faltar! (GE 75). *“Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”*, dice la tercera bienaventuranza. Los que se compadecen de la angustia de los demás, los que *“lloran con los que lloran”* (Rom 12,15), los que tocan las heridas de los hermanos, los que *“se dejan traspasar por la aflicción y lloran en el corazón, pueden llegar a lo más profundo de la vida y ser verdaderamente felices”* (GE 76).

Enfrentando persecuciones

De esta manera, Jesús forma a sus discípulos para que participen en la vida divina, para que participen en la misión de Dios. Las Bienaventuranzas siguen proclamando felices a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los puros de corazón –porque es del corazón de donde proceden nuestras rectas intenciones –, a los que promueven la paz y, finalmente, a los

perseguidos por causa de la justicia.

No hay seguimiento de Jesús sin persecución. El Señor instruyó mucho a sus discípulos sobre las inevitables persecuciones que les esperaban (Mt 10,17-24): porque la Buena Nueva a los pobres, que anuncia la liberación de los presos, la recuperación de la vista de los ciegos, la liberación de los oprimidos y un año de gracia del Señor (Lc 4,18), era una mala noticia para los ricos y poderosos. No esperes que quien proclamó “depusieron de sus tronos a los poderosos y levantaron a los humildes” (Lc 1,52), que alguien pueda alegrarse por ello. Por el contrario, quienes están en el poder harán todo lo posible para reprimir esta voz y esta acción que lucha por la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Nadie renuncia a sus privilegios. Por lo tanto, la persecución siempre acompañará la misión de Jesús y sus discípulos. También se convierten en un criterio de discernimiento para el camino: si solo estamos recibiendo aplausos, algo anda mal en la acción evangelizadora; si no estamos molestando a la gente, significa que probablemente estamos nivelando el Evangelio hacia abajo, adaptándolo a los gustos del mundo. ¡Las aclamaciones, las alabanzas y los cumplidos son siempre una tentación en el camino discipular!

Jesús nos invita a no renunciar nunca a la profecía, a la búsqueda de la justicia y la esperanza para los pobres, porque *“si no hay esperanza para los pobres, no habrá esperanza para nadie”* (PG 67; DAp 395). El Evangelio, el mensaje de Jesús, llama continuamente a cada sociedad, a cada historia y a cada cultura, a una conversión desde dentro (EN 19), aunque siempre busque un diálogo positivo, abierto y sin condenas.

Llamados a brillar

“Vosotros sois la luz del mundo y la sal

de la tierra" (Mt 5,13-14), dice Jesús a sus discípulos. En realidad, la verdadera Luz es Él, solo estamos llamados a reflejar esa Luz, a recordar que la Iglesia nunca puede brillar con luz propia. Cuando la Iglesia pretende brillar con luz propia, se vuelve mundana, pierde su referencia y se vuelve autorreferencial. De hecho, la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II comienza exactamente así: "Siendo Cristo luz de las naciones ..." (LG 1).

Sea como fuere, los discípulos de Jesús están llamados a resplandecer, "para que el pueblo, viendo vuestras buenas obras, glorifique al Padre que está en los cielos" (Mt 5,16). Este brillo proviene de una conducta: el discipulado no es más que una propuesta de vida de quien no dice "¡Señor, Señor!", sino de quien practica la voluntad del Padre (Mt 7,21). El discípulo de Jesús es fundamentalmente un *practicante de la Palabra*. Es en esta Palabra donde la iniciación cristiana busca forjar una identidad particular sobre la base de "un aprendizaje gradual en el conocimiento, el amor y el seguimiento de Cristo" (DAP 291). Por eso, "es necesario abrir el corazón para hacer de la Palabra alimento que, entrando por la mente, toca el corazón, alimenta el espíritu, transforma la vida y es criterio de experiencia comunitaria y de acción misionera" (*Directrices Generales para la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil 2019-2023*, n. 148).

Para que el discípulo brille verdaderamente con la luz de Cristo, debe responderse a sí mismo:

"Si, y cómo, nos dejamos interpelar por el Evangelio; si este es realmente el vademécum para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamados a tomar. No basta leerlo,

no es suficiente meditarlo. Jesús nos pide ponerlo en práctica, vivir sus palabras" (FRANCISCO, A las personas consagradas. Con ocasión del Año de la Vida Consagrada, 2014, n. 2).

"Cuando la Palabra de Dios entra en la vida de las personas, se inician procesos de conversión personal, comunitaria y pastoral, que las llevan a ser testigos valientes que anuncian lo que el Señor ha realizado en sus vidas (cf. Mc 5,19). Así como es propio que el encuentro con Jesucristo vivo se convierta en una llamada a la misión, la vida transformada se convierte en mensaje" (CONFERENCIA NACIONAL DE OBISPOS DE BRASIL, Discípulos y Siervos de la Palabra de Dios en la Misión de la Iglesia, 2012, n. 60).

Cinco pasos

Este aprendizaje avanza por cinco escalones en la montaña de las Bienaventuranzas, produciendo una cadencia por el estribillo: "han oído que se dijo a los antepasados ... pero yo les digo":

1. "No matarás", pero también humillar y ofender al hermano es lo mismo que matar (Mt 5,21-26): los discípulos están llamados a vivir una **fraternidad** radical hacia todos los hombres, en cuanto que todos somos hijos e hijas del mismo Padre, íntima y consanguíneamente hermanos y hermanas de la misma familia. Esta es la cosmovisión según el Evangelio.
2. "No cometerás adulterio", pero tampoco mirarás al otro o a la otra con una mirada de acoso (Mt 5,27-32; 6,22-23): desarrollar una **capacidad de relación humana**

que garantice el respeto más absoluto por el otro, en el dominio de los propios impulsos, en la responsabilidad por la fidelidad y en el celo por la dignidad de los demás.

3. "No perjurarás...": no jures nada (Mt 5,33-37). Comprométete a decir solo la **verdad** y nada más, con una comunicación abierta, honesta y sincera, sin disimulos ni intrigas, para construir relaciones de confianza, porque si hay necesidad de "jurar", esto indica que hay desconfianza.
4. "Ojo por ojo...": no respondas al mal de ninguna manera (Mt 5,38-42). El discípulo está llamado a pasar de relaciones de reciprocidad ("ojo por ojo, diente por diente") a relaciones de **gratuidad** que no sean violentas, no vengativas, no interesadas. Este es uno de los requisitos más característicos del discipulado misionero.
5. "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo": pero yo te digo: "amad a vuestros enemigos" (Mt 5,43-48). Vivir **la universalidad** en el amor sin odio, sin prejuicios y sin límites lleva al discípulo a ser como el Padre: *"Porque si amas solo a los que te aman... ¿Qué haces que sea extraordinario? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto"* (Mt 5, 46-48).

Enviados a hacer discípulas las naciones

Con este último paso nos situamos en la cima del monte de Galilea, desde donde el Resucitado envía a sus discípulos al encuentro de todos los pueblos (Mt 28,16). La vivencia de estos cinco preceptos fundamentales – fraternidad, humanidad, verdad, gratuidad, universalidad – configura al discípulo de Jesús, así como proyecta el camino de la vida plena para todos los pueblos: el mandato de *"hacer discípulos a todas las naciones"* es, en efecto, una invitación a cada persona a

emprender junto con la Iglesia la ascensión al monte de las Bienaventuranzas.

Es un camino en el Espíritu que modela, eleva y abre relaciones basadas en la misericordia, la ternura y el perdón; es una ascesis que hace profunda y plenamente humana la vida, esencia del Reino de Dios; es también un umbral donde se juega la salvación o la condena del mundo, la plenitud o el fracaso de la existencia de los individuos y de las sociedades (Mt 25,31-46).

"Jesucristo es la plenitud que eleva la condición humana a la condición divina para su gloria" (Dap 355), y también él *"quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"* (1Tim 2,4).

III. CIERRE

Salir nunca fue fácil

Este es el proyecto de vida para el que los discípulos de Jesús fueron enviados al mundo. Sin embargo, les tomó un tiempo entender y salir de su zona de confort. Como hemos dicho, el discipulado misionero es un proceso de aprendizaje. Para la primera comunidad no fue diferente: su viaje desde Jerusalén hasta los confines de la tierra fue vacilante, dramático y, al mismo tiempo, fascinante. Tuvieron que aprender a enfrentarse a muchos retos, porque no estaban preparados para esta tarea.

En primer lugar, aún no habían entendido la propuesta de Jesús cuando el Señor, en una de sus apariciones después de la Pascua, les habló del Reino de Dios durante cuarenta días (Hch 1,3). En aquella ocasión, le preguntaron: *"¿Es ahora el tiempo en que restaurarás el reinado de Israel?"* (Hch 1,6). A su entender, el objetivo de la misión era la restauración política del Reino de Israel, un pueblo reconstituido y renovado en su totalidad, donde no había lugar para los no

judíos. El libro de los Hechos de los Apóstoles muestra cómo tuvieron que abandonar esta perspectiva cuando el Espíritu los empujó fuera de Jerusalén hacia los samaritanos, los temerosos de Dios, y finalmente los paganos.

En la casa de Cornelio, un piadoso y temeroso centurión romano pagano que fue agraciado por una visión del Ángel del Señor (Hch 10,2-3), Pedro finalmente tuvo que admitir que *“Dios no hace acepción de personas”* (Hch 10,34). Pero la mayor sorpresa fue cuando el Espíritu descendió de repente sobre el anfitrión y toda su familia, dejando atónitos a los judíos que acompañaban a Pedro, porque los paganos eran tan merecedores de la gracia de Dios como los judíos: *“¿Podemos negar el agua del bautismo a estas personas que han recibido el Espíritu Santo, de la misma manera que nosotros lo hemos recibido?”* (Hch 10,47).

Cambio de mentalidad

Este es el momento del gran viraje: comprender que los “otros” – los pobres considerados “pecadores”, los samaritanos considerados “impuros”, los temerosos de Dios considerados “impedidos”, los paganos considerados “idólatras” – también podían ser contemplados en las promesas de Dios a su pueblo, sin convertirse al judaísmo. A nosotros hoy en día, esto nos parece bastante natural. Pero para los judíos del primer siglo – y los apóstoles eran todos judíos observantes – esto implicó un cambio radical de mentalidad, que consistió en renunciar a las dimensiones más sagradas de su propia tradición.

Una misión a las naciones no fue emprendida por Jesús en su ministerio antes de su pasión. No dio ninguna indicación sobre cómo llevar a cabo esta misión ad gentes. Ciertamente, sin embargo, formó a sus discípulos en una conciencia misionera basada en el anuncio del Reino de Dios y en la compasión por todos los pobres (Lc 4,26; 6,20), los pecadores (Jn

8,11), los enfermos (Mt 11,5), las prostitutas (Lc 7,37), los excluidos (Mc 1,41), los enemigos (Mt 5,44), los paganos (Mt 8,10; 15,21-28). Sin embargo, la vacilación de la comunidad apostólica a la hora de dirigirse a las naciones delataba el hecho de que no estaba suficientemente preparada para esta tarea.

La misión como acción del Espíritu

El evangelista Lucas atribuye este desarrollo misionero a la acción del Espíritu. Fue el Espíritu quien empujó literalmente a la comunidad hacia fuera: no fue una iniciativa espontánea, ni nació de un plan de expansión o proselitismo, sino que surgió de una actitud de escucha, docilidad y percepción de la irrupción de Dios en medio de los demás, que generó apertura, reconocimiento y aceptación por parte de los discípulos de Jesús.

La Iglesia nace aquí como algo distinto de cualquier movimiento judío de la época. La Iglesia nace históricamente como algo nuevo y original cuando acoge a los demás y realiza y asume la misión de anunciar el Evangelio fuera de su entorno sociocultural. En efecto, después de que algunos discípulos anunciaran el Evangelio no sólo a los judíos, sino también a los griegos, “la mano del Señor estaba con ellos, de modo que un gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hch 11,20-21). A partir de esta audacia, se formó en Antioquía una comunidad intercultural entre judíos y griegos. Fue allí donde los discípulos recibieron por primera vez el nombre de “cristianos” (Hch 11,26).

El Evangelio de Mateo se escribió después de que hubieran tenido lugar todos estos acontecimientos. Su propósito era invitar a una comunidad que aún se resistía a la acción del Espíritu, a abrirse y salir en misión a todas las naciones: porque ésta es la marca característica de la Iglesia, intercultural, abierta a todos, sin excluir a nadie.

FICHA DE TRABAJO

DISCÍPULOS MISIONEROS: INICIADOS Y ENVIADOS

I. ELEMENTOS ORIENTADORES DEL CAM6

- **Texto bíblico:** Jesús dijo a sus discípulos: «Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.» Hechos 1,8
- **Tema:** Evangelizadores con Espíritu hasta los confines de la tierra
- **Lema:** América, con la fuerza del Espíritu, testigos de Cristo
- **Objetivo:** Impulsar con nuevo ardor la misión *ad gentes* de la Iglesia, caminando juntos a la escucha del Espíritu, para ser testigos de la fe en Jesucristo en la realidad de nuestros pueblos hasta los confines de la tierra.
- **Himno:** Testigos de Cristo Vivo
Cantemos juntos el coro...
*¡Mira cómo se aman! ¡Mira cómo caminan!
América, con la fuerza del Espíritu.
América, testigos de Cristo Vivo.*

II. OBJETIVO PARA ESTE QUINTO ENCUENTRO DE TRABAJO

Objetivo específico: Redescubrir el llamado de cada bautizado a un encuentro personal con Jesús, a ser discípulo, interpelado, iniciado y enviado por Jesús a ser testigo de la Buena Nueva en su contexto específico.

III. ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

Nos unimos a la oración que el Papa

Francisco nos regaló para este Sexto Congreso Americano Misionero destacando lo que nos implica en este encuentro. En los fragmentos resaltados podemos realizar un breve momento de silencio para profundizar en la oración. Durante o luego de culminada la oración, pueden compartir alguna resonancia que haya tocado su corazón.

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con
obras;
**AYÚDANOS A REDESCUBRIR NUESTRA
VOCACIÓN DE BAUTIZADOS
PARA DAR UN NUEVO IMPULSO A
NUESTRA ACCIÓN MISIONERA**
proclamando, como ellos, la alegría del
Evangelio.

Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para renovar
la faz de la tierra,
lastimada por la injusticia y el sufrimiento;
danos fortaleza para caminar, como pueblo
de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero
Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al
mundo.

Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de
evangelización
para **OFRECER A CRISTO A TODA LA
HUMANIDAD;**
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y
providente,
seamos siempre tus discípulos misioneros
hasta los confines de la tierra.
Amén.

IV. TEXTO ILUMINADOR

Les sucedió a los primeros discípulos en el mar de Galilea: eran pescadores que echaban sus redes en el mar. Jesús pasó y dijo: Síguenme, y yo los haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron sus redes, su barca y su padre, y lo siguieron (Mt 4, 19-22).

Mt 5, 1-16 - Iniciados y enviados: Las bienaventuranzas

Mt 28,19 -20 - Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado.

V. SÍNTESIS BREVE DEL MARCO TEOLÓGICO

En la base de todo llamado, de toda vocación hay una primera etapa de la cual no podemos prescindir: El encuentro personal con Dios en la Persona de Jesús. Es precisamente a partir de este encuentro donde se desencadena un proceso de conocimiento, formación y llamado al seguimiento desde una misión específica en la vida de cada bautizado.

Ser discípulo de Jesús no consiste únicamente en decir: ¡Sí, aquí estoy! Es entrar en un proceso de acompañamiento personal y comunitario que nos llevará a un cambio interior, a una conversión y a vivir de manera determinada las bienaventuranzas, la libertad y la aceptación de la cruz. Un proceso que no estará libre de persecución. No hay seguimiento de Jesús sin persecución. El Señor instruyó mucho a sus discípulos sobre las inevitables persecuciones que les esperaban (Mt 10, 17-24) El sabía que la opción por los pequeños, los pobres y oprimidos, no sería bien recibida por parte de los ricos, los grandes y poderosos.

El encuentro con Jesús

¿En qué consiste “ser discípulo” de Jesús? Para responder a esta pregunta es necesario remontar el Evangelio, especialmente desde la catequesis bautismal del Discurso de la Montaña (Mt 5-7), donde se describe con precisión la propuesta de Jesús y su importancia para toda la humanidad.

Todo comienza con el encuentro con Jesús que habla a nuestro corazón (DAp 154), que “nos da un nuevo horizonte para la vida y, por tanto, una orientación decisiva” (DAp 243). Esta fue la dinámica que encontramos ya en el relato de los primeros discípulos (cf. Jn 1,35-49). Este encuentro se realiza concretamente a través de una persona, de un amigo, de un catequista, de un misionero, a través de una comunidad cristiana viva que reza, celebra, testimonia, evangeliza (DAp 256), a través del contacto con los pobres, los afligidos, los enfermos, los marginados (DAp 257), meditando la Sagrada Escritura, participando en la liturgia, acercándose a los sacramentos, y de mil otras maneras que el Espíritu nos proporciona cautivándonos para que prestemos atención. para detener nuestra mirada, para encantarnos con algo profundo y sobrecogedor que puede transformar nuestras vidas.

Seguir a Jesús es un proceso y se lleva a cabo en la misión

Les sucedió a los primeros discípulos en el mar de Galilea: eran pescadores que echaban

sus redes en el mar. Jesús pasó y dijo: *“Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres”*. Ellos, *inmediatamente dejaron sus redes, su barca y su padre, y lo siguieron* (Mt 4,19-22). El relato continúa: *“Jesús recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del reino y curando todas las enfermedades y dolencias de la gente”* (Mt 4,23) y los discípulos lo seguían. No hay seminario, ni noviciado, ni casa de formación. La misión de Jesús es la escuela misma del discipulado. Por eso hablamos de discípulos misioneros, porque los seguidores de Jesús aprenden *“misionando”*, acompañando y colaborando con Jesús en su misión de anunciar el Reino de Dios.

Aprender a ser libres y pobres

A veces, sin embargo, el encuentro con Jesús no produce gran cosa. Es lo que le sucedió al joven rico (Mc 10,17-22). Fue un encuentro intenso, profundo, donde Jesús miró al joven con amor (Mc 10,21) y le encomendó una misión: *“Ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y luego ven y sígueme”*. Nótese bien: el *“ve”* precede al *“ven”*, el seguimiento viene después de la misión.

Nuestro joven, sin embargo, se fue triste, porque tenía muchas posesiones que lo ataban y le impedían estar libre y disponible. Se encerró en sí mismo y no se abrió al riesgo de seguir a Jesús. Para que esto suceda, el primer requisito es aprender a hacerse pobre: *“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”* (Mt 5,3), dice la primera bienaventuranza. Dichoso el que voluntariamente se hace pobre para enriquecer a los demás, podríamos decir en otras palabras. Es esta pobreza básica la que hace que el discípulo esté disponible para el Reino con plena confianza y valentía. El discípulo es, por tanto, una persona libre, fiel y generosa en su servicio a la comunidad y a los necesitados. Jesús no condena las riquezas per se: condena a los ricos que acumulan riquezas solo para sí mismos (Mt 19,24; 6,19), así como condena la idolatría del dinero (Mt 6,24). Ahora, si tienes, tienes que compartir, tienes que ofrecer un servicio, tienes que dar tu vida y tus bienes.





VI. PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué significa para mí el dejarme encontrar por Jesús, comprometerme y comenzar a vivir su misión?

2. A la luz del evangelio y de nuestra experiencia personal y comunitaria, ¿cómo se forman nuevos discípulos?

3. ¿A qué nos invita concretamente el Papa Francisco cuando nos habla de una Iglesia "en salida" y de "periferias"?

VIII. ORACIÓN MARIANA

La Visitación de María a su prima Santa Isabel (2º Misterio Gozoso)

María al sentirse interpelada por Dios, se deja transformar totalmente por la obra del Espíritu y asume su vocación de Madre del Salvador. Algo tan grande que no lo guarda solo para ella, con gozo, aunque con sacrificio y dificultad sale al encuentro del otro, sale al encuentro de su prima Isabel, convirtiéndose así en la primera misionera que no solo lleva en su vientre al Hijo de Dios, sino que entra en movimiento y sale al encuentro del otro.

Salmo desde el sí de María

María, Madre del sí,
tu ejemplo me admira.
Me admira porque arriesgaste tu vida;
me admira porque no miraste a tus intereses
sino a los del resto del mundo;
me admira y me das ejemplo de entrega a Dios.

Yo quisiera, Madre, tomar tu ejemplo,
y entregarme a la voluntad de Dios como tú.
Yo quisiera, Madre, seguir tus pasos,
y a través de ellos acercarme a tu Hijo.
Yo quisiera, Madre, tener tu generosidad y entrega
para no decir nunca «no» a Dios.
Yo quisiera, Madre tener tu amor
para ser siempre fiel a tu Hijo.

Madre del sí,
pide a tu Hijo por mí, para que me dé tu valentía.
Pide a tu Hijo por mí, para que me conceda
un corazón enamorado de él.
Pide a tu Hijo por mí, para que me dé
la gracia necesaria para entregarme y no fallarle nunca.

ORACIÓN PARA EL SEXTO CONGRESO AMERICANO MISIONERO

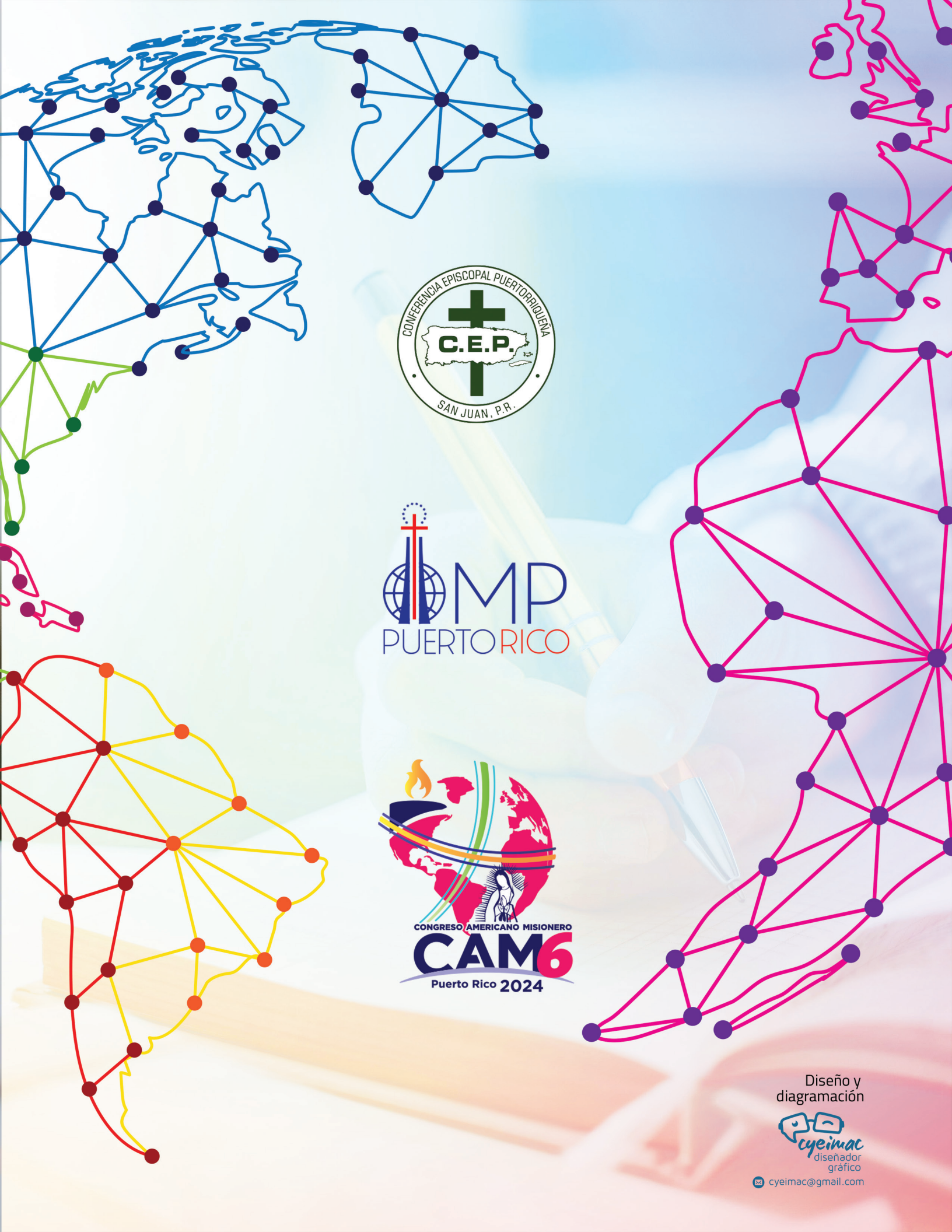
Puerto Rico, 19 al 24 de noviembre de 2024

Oh Padre misericordioso,
que revelaste en tu Hijo la «Buena Nueva»,
anunciada en estas tierras de América
por tantos misioneros, con palabras y con obras;
ayúdanos a redescubrir nuestra vocación de bautizados
para dar un nuevo impulso a nuestra acción misionera
proclamando, como ellos, la alegría del Evangelio.

Oh Dios,
que derramas tu Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra,
lastimada por la injusticia y el sufrimiento;
danos fortaleza para caminar, como pueblo de Dios,
en sinodalidad y escucha mutua,
hacia el próximo Congreso Misionero Americano,
testimoniando juntos el amor que vence al mundo.

Oh Dios y Padre nuestro,
que escogiste a María como modelo de evangelización
para ofrecer a Cristo a toda la humanidad;
haz que, imitando su ejemplo de entrega
y sostenidos por su cuidado maternal y providente,
seamos siempre tus discípulos misioneros
hasta los confines de la tierra.

Amén.



Diseño y diagramación



cyeimac@gmail.com